

## Prólogo

**N**ombramos en Valencia tardor al otoño, que es como la tarde del año. Estas Sideraciones son otoñales; tuvieron su aurora y su mediodía (van ya de la 1 a la 5), y alcanzan su penúltima vida, penúltima de ésta de aquí, porque, con el maestro Eckhart, siento y sé que el alma es joven.

En una de las primeras sideraciones, en el año 2001, señalaba yo que no debería hablarse de «experiencias místicas, como si de una especie de experiencias se tratase», porque no hay experiencia humana que no roce, repercuta, lleve en sí el eco, refleje o sea afectada de uno u otro modo por la trascendencia. Y esto es precisamente una convicción de la que debería o tendría que percatarse el hombre para crecer como hombre, por dentro, y de una manera decisiva. El día que el hombre caiga en la cuenta y sepa darse cuenta de que todo lo que dice y hace tiene una dimensión trascendente que hasta ahora aparece sólo de cuando en cuando en forma lírica, habrá crecido y se habrá situado en otro nivel. Ha de caer en la cuenta y convenirse desde sí mismo, y, persuadido así por sus mismas vivencias, llegará a ser el hombre del neo-lírico, de una etapa de la humanidad que reducirá a verdadera pre-historia lo que del hombre sabemos hoy y hemos visto hasta ahora. El hombre sentirá en sí toda la fuerza de la idea hecha carne, hecha existencia sólida: como ser de libertad, creará en sí mismo, y no podemos prever hasta dónde será capaz de llegar.

Las sideraciones son mis *Estrómatas* o tapices, ese género literario que ejerció Clemente Alejandrino, el escritor eclesiástico con escuela, la de

Panteno, la de Plotino y Orígenes, del siglo III. Pero escuela no episcopal, sino escuela exenta, digamos, más bien que disidente. El vocablo «stroma» viene a significar tapiz o tejido (texto), y no pocos lo entienden equivocadamente como si fuese un género de *totum revolutum*, cuando, al contrario, viene a decir que todo cabe en todo si se engarza, ensarta o implica y teje de la mejor manera. Es pues, precisamente, un respeto a la unidad, a la unidad del Logos único y universal. (Los *Estrómata* de Clemente Alejandrino acaban de ser traducidos íntegramente por primera vez al castellano por el Dr. Marcelo Merino Rodríguez, en un esfuerzo extraordinario y merecedor de muchos reconocimientos.) Las sideraciones que ofrezco, pues, son también *estromas*, de unidad justamente profunda y subterráneamente entretejida: unidad profunda que creo la hay y trasciende a su autor, por su temática, pero en su intención. A Clemente Alejandrino le debo algo esencial en mi vida: la teología del Logos único y universal. En los sucesivos prólogos a las Sideraciones he ido explicando lo que es la sideración, estas iluminaciones, o golpes, o filtraciones, o deslumbres... que se producen del roce de lo divino con todo lo humano y, en particular, con aquello donde se ha perdido la costumbre o las ganas o la posibilidad de verlo y de saber sentirlo y apreciarlo.

Las sideraciones están dirigidas por la fe experiencial de que la racionalidad lo dirige todo y de que las irracionalidades de la vida y la historia no son de desesperar sino de comprender más a fondo para recuperar el vuelo. El primer lema que preside este sexto volumen es de san Agustín. Nos dice que en el mundo de los hombres pasan tales cosas que cabe desesperar de que sea un mundo compatible con la racionalidad, con el Logos, y que por eso se tuvo que hacer hombre el Verbo divino, para que no acabáramos desesperando, arrojados por la historia a pensar en la imposibilidad de nuestra racionalidad. Puede que esta consigna ambiciosa de la racionalidad última e indefectible de todo lo del hombre traduzca la intención más honda que ha guiado mis esfuerzos escribiendo *de omni re scibili* y a todas las luces del día y la historia, mas desde el Logos. He de añadir ahora que he respetado los textos alusivos a asuntos contemporáneos tal como brotaron, aunque el paso del tiempo permita leerlos de otro modo. Las fechas son importantes y lo son las alteraciones que la cronología nos va produciendo. Talmente que no han de pasar muchos años para que, un día, nos leamos —una carta, o un libro— sintiendo extrañeza por lo escrito y llegando a dudar de haber sido nosotros mismos quienes aquello escribieran. Esa extrañeza enseña mucho de la economía de la mente y el alma humana, y he querido respetarla.

Y, finalmente, en confluencia con mi entrañable Javier Muguerza, y desde Leibniz por supuesto, diré por último que las sideraciones son ac-

ciones de un «preferidor racional», y preferidor «radical», o sea, de un movido por intención hacia lo mejor posible, que las más veces es poquito y desesperadamente lento y penoso; movido o intencionado desde el sentir radical de la razón vital, o sea, de la razón apta para el sostenimiento y mejoramiento de *esta* vida en *este* mundo, y ello con tanta mayor razón si fuera el caso, como parece, de haberse presentado el hombre por equivocación en este lugar del Universo, y si resultara por lo tanto que está donde propiamente no le toca estar y donde tan torpemente se las va arreglando en medio de maremotos, terremotos y guerras de toda índole, que no cesan, incluidas las de las sucesivas filosofías. *Valete, amici.*

Agustín Andreu Rodrigo  
Campanar, a 2 de febrero (día de la Candelaria) de 2010

\*\* Resulta un placer, bien que difícil, el ir encontrando respuesta y bella explicación a cuestiones y situaciones olvidadas de nuestra niñez y juventud. A cierta edad de la vida, el recuerdo y la necesidad de explicación en perspectiva y forma positiva es una necesidad vital. Es como si fuese una necesidad de digerir espiritualmente las escenas que pasaste sin posibilidad de conducirte a ti mismo. Y como si no hubiera de haber ya infancia y adolescencia iniciáticas.

\*\* Se puede leer con mucho fruto el libro de Eduardo de Hartmann sobre *La religión del porvenir*. Lo tradujo don Antonio Zozaya, tan benemérito, en su colección Biblioteca Filosófica Económica (60 céntimos el volumen en 1888; muy caro). Es más un libro para hoy que para fines del siglo XIX, cuando apareció. Hartmann sabe que escribe sobre cosas que se verán uno o dos siglos después. Y creo que faltan como poco un par de generaciones para que se acabe de derrumbar todo lo que, del cristianismo, se ha estado manteniendo tanto por la ortodoxia ultramontana (como él dice) como por la teología liberal, esa especie de profesorado más o menos marginado de la función del Pastor, y más o menos al servicio de la *Kultur* y la secularización. El actual pontificado, el de Juan Pablo II, es el último esfuerzo para restaurar o apuntalar «el Carmel» catalán que es hoy la Iglesia católica occidental. Los intentos de presentar *La esencia del cristianismo* (Feuerbach, Harnack, Guardini, Adam, Schmaus...) son anticipaciones para ayudar a quienes advierten que va cayendo un muro tras otro, una cornisa tras otra... y se preguntan qué va a quedar de todo esto. Es sumamente difícil pilotar una nave de las proporciones de la Iglesia, de una gran religión, en épocas

de desguace o reforma forzada. Hartmann les dice a los teólogos liberales que ya no son cristianos. Su teología para salvar la idea cristiana es un ejercicio que les salva económicamente su hogar, con mujer e hijos, tal vez, o bien su función social, pero ello por el apoyo del Estado y la importancia de la Universidad oficial, mas sin atraer ya ni convencer a nadie aunque en situaciones de angustia les sirvan a las Iglesias para salir de alguna dificultad... No han advertido lo que señaló un hombre sin sospecha, Karl Rahner: «La fe se ha hecho más difícil».

\*\* Era tan listo que advertía que se le estropeaba la inteligencia si seguía malos instintos.

\*\* En la historia no se salva nadie, y a la historia no hay quien la salve — por lo que se ha visto hasta ahora—. Dígase lo mismo de la circunstancia. «*Da mihi animas, coetera tolle*», dijo Abrahán en un reparto de botín. Quería decir: miro por las personas, me importa poco todo lo demás.

\*\* El soldado Woytila se está muriendo en estos comienzos de la primavera. En la barricada que se construyó mental y ascéticamente, resiste con esfuerzo denodado a cualesquiera asaltos de las enfermedades, las supuestas conveniencias de dimisión, las dudas (si le quedan), los temblores de la existencia; lo ha previsto con empeño (algunos hablan ahora de «enrocamiento», empeñándose en despeñarse morfológicamente peñas abajo). Quiso este arrojado soldado de Cristo proseguir en la historia los trazos característicos del catolicismo de toda la vida; hasta el cardenal más que benemérito Enrique y Tarancón, y el arzobispo Maximino Romero le parecieron atrevidos y modernos sin causa. Un valenciano y un gallego. ¿Os dais cuenta? El papa Woytila seguía por inercia el criterio de Pío XII y Montini: ¿sabe una propuesta, a lo históricamente católico? ¿Sí? Sea. ¿No? ¡Fuera! El modo como apretaba el ceño en los últimos tiempos este papa denota la reflexividad con que quería estar definitivamente insistente y sin concesiones. ¡Dios ayude al soldado Wojtyla a calar la bayoneta y tomar el Cielo al asalto!

\*\* Estos días siguientes a la muerte del Papa se están orquestando tan a lo grande como a él le hubiera gustado. Las grandes concentraciones efectivas, no virtuales sino efectivas, de masas, y sobre todo de jóvenes, es lo que queda de los años treinta. Las empezaron los comunistas y los fascistas. Las Iglesias, sobre todo la católica, les mostraron a éstos su presencia ineludible con respuestas masivas juveniles envidiables. Polonia seguía con el recurso

porque seguía con el comunismo. El Papa lo trasladó al mundo entero como una forma de asentar la catolicidad de la Iglesia. El mundo, incluida China, se ha impresionado. Todos han de contar con el criterio católico. Los reportajes televisados estos días de la vida del papa Wojtyła lo muestran siempre enérgico, tajante, seguro, dominador de la escena como actor principal, con una pronunciación contundente de sus convicciones y sin el menor síntoma de duda en su victoria. Ahora falta sólo canonizar, es decir, sacarle la renta a esta tremenda inversión que sin embargo tiene sus lados flacos. No sé dónde existirá el científico —teólogo y político, filósofo e historiador— imparcial, sereno y no ideologizado, capaz de decirnos qué destino próximo le cabe a esta fe católica expresada a lo Wojtyła, después de haber intentado enterrar tantas esperanzas, también locas, del Vaticano II, así como el 68 y demás salidas que se buscaron a esa obturación de la vida que se produjo en los años cincuenta, cuando se sintió que una tercera guerra mundial era absolutamente inaceptable.

\*\* ¿Cómo se las arreglan los ingleses para salir de los atascos en que se meten, por ejemplo el de Carlos y Camila, con la retahíla de escándalos y adulterios, accidente mortal de la princesa de Gales, hijos de uno y otros matrimonios, disgustos de la Reina, gastos de dinero por las nubes..., cómo se las arreglan? —Pues, muy sencillo: se atienden a los hechos, y procuran combinarlos salvando la pose o dignidad, echándole mucha presencia y seguridad. Pero, se objetará, son hechos abominables. Sí, hay que responder, son hechos que acontecen donde se puede vivir con libertad y en consecuencia hay que encontrar la manera de responder por los actos libres equivocados o ilegales. —En otros lugares se quedan en la discusión de los hechos que deberían haberse producido, los que responden al deber ser, y lo hacen tirándose los trastos a la cabeza, como no debe ser.

\*\* Una religión es buena si dentro de ella cabe, aun en condiciones heroicas, el camino de la santidad.

\*\* Las religiones necesitan el poder porque se sienten imperativamente salvadoras. Así que necesitan todo tipo de sujetos-lacayos (como diría Lessing en su *Natán el sabio*), capaces de representar toda guisa de papeles del poder.

\*\* Las ideas generan convicciones, y las convicciones, actitudes. Si la actitud es de generosidad, alcanza su cima la verdadera individualidad.

\*\* Las convicciones, aun en forma de problemas, entran muy despaciadamente en la vida de la conciencia y en la vida intelectual y social, sobre todo cuando afectan a principios considerados intocables durante milenios o siglos, que han operado como instancia en la distribución de poder y fundamento de posiciones o situaciones. La vida del alma cambia muy despacio porque es todo un mundo cada alma, y un aspecto vivo de un mismo mundo. Y esto explica también que algunos pensadores —pensadores— no tengan prisa de publicar a ritmo de diario o semanario.

\*\* El papa Wojtyla ha removido el mundo. Juan XXIII lo removió también con el concilio y a su modo. Juan Pablo I lo hubiera removido si hubiera dispuesto de unos años, dado que llevaba una intuición programática muy profunda; decía que a la juventud la iba a salvar la estética. Ése es un programa más fino y peligroso que un concilio o que una etapa de concentraciones de la juventud mundial como la *wojtilyana*. Pero queda una labor que hacer. Del concilio tendría que haber salido también una teología para poder hablar científicamente con la *inteligencia metódica*. La inteligencia metódica es la inteligencia que controla sus conocimientos de manera responsable racionalmente. El concilio dio lugar a teologías intraeclesiales *aggiornate* o puestas al día; eso era menos que la *perestroika*, pues se trataba de un baño de modos o modas litúrgicos o ceremoniales que tampoco produjo nada del otro mundo, algo que se pareciera al canto gregoriano, por su importancia, por ejemplo, o a la Escolástica... El arreglo intraeclesial era doméstico, casero. Y el intereclesial de los «hermanos separados» (greco-ortodoxos, luteranos o evangélicos, reformados, anglicanos, etc.) no pasó de ser un acto de buena voluntad sin más profundidad que la buena educación elemental: saludarse y tenerse en cuenta para algo más que excomulgarse o mandarse al infierno. Mas la *idea cristiana*, la vida cristiana en la historia, no estaba pensada, cuando el concilio, para penetrarse con la inteligencia moderna, que es una inteligencia metódica. Esto está por hacer. Una nueva generación de teólogos, que puede alcanzar su *floruit* en los próximos veinte años, lo realizará —a lo mejor—. Esa media docena de teólogos puede salir ya de sitios que no sean ni seminarios ni conventos; y a lo mejor son teólogas. Si no se repiensa la idea cristiana, liberada de todos los estorbos que han tenido la pretensión de ser respetables como fe o por la fe, se prolongará la impresión insuficiente del cristianismo, se prolongará la marcha torpe de las Iglesias desde el Renacimiento a esta parte, cinco siglos de arrastre. En tanto, el pontificado recién acabado se irá aclarando y se irá viendo que, después de cumplir su función política de hundimiento del comunismo, ha consistido en una presenciación

mediática mundial del catolicismo romano mediante la llamada a la juventud de un papa que necesitaba insaciablemente el afecto juvenil. Ahora hay que decir a las nuevas generaciones cristianas: no tengáis miedo, pero miedo a pensar. El sacrificio mayor es el de pensar con todas sus consecuencias. Pensar desde la tradición del pensamiento de la fe, desde la tradición y su libertad. Hay en los dos últimos grandes pontificados una suerte de *agit-prop*. Se ha publicado estos días una fotografía de Juan Pablo I recibiendo a Wojtyla cuando éste fue hecho cardenal. Wojtyla es una creación de Juan Pablo I. Este papa de la Estética mira con abierta sonrisa al nuevo cardenal recién hechito. Pero éste mira fijo al Papa con una mandíbula prieta y apretando los labios como diciendo: «Nos los comemos, nos los comemos». Vamos a ver qué viene ahora: si un hombre pacífico e irónico, además de muy anciano; si un continuador de Wojtyla que le saque la renta al pontificado del clamor; o bien, si un hombre de las profundidades y del silencio. Teniendo siempre en cuenta que eligen a uno por equis, y va y resulta que sale zeta (a esto llaman la intervención del Espíritu Santo).

No hay ninguna otra institución en el mundo que sea, al mismo tiempo, un museo histórico en vivo, un Imperio espiritual, una fuerza contante y sonante ante los poderosos de este mundo, un ideal ético con realismo y simbolismo suficiente para representar a la derecha y la izquierda en el cosmos. Desmontar eso es imposible, y que perezca por extinción es cosa muy lejana; no se le ve sustituto. Kofi Annan sabe lo que vale una institución universal como la Iglesia católica. Pero la Iglesia, desde dentro, podría transformarse de modo convincente para una sensibilidad moral que atienda al género humano atravesando los muros de la peculiaridad historicista. Hace falta una gran forma intelectual en la teología, la cual forma sería posible adquirirla. Y sería impresionante para una ciencia que se ha ido adornando de un prestigio supersticioso tan lleno de peligros como lo estuvo la mitología o la religión.

La Iglesia se ha de purgar. Ha sacrificado al ídolo de la supuesta pureza celibataria mucha fuerza amorosa y mucha fuente de paz y de generosidad. El cataclismo de la clerecía en el siglo XX no es la primera vez que se ha producido, pero la cobardía de los jefes ha sido tan visible como su hipocresía. Quienes hemos podido observar las cosas de cerca podemos dar testimonio de que la Iglesia ha arrojado de sí mucha inteligencia y generosidad por mantener la apariencia celibataria sacerdotal, prescindiendo —con métodos llenos de indignidad— de miles de sacerdotes mediante un proceso de degradación que pretendía hacerle tragar a la misma familia del secularizando. Pablo VI llorando detrás de unas cortinas de los Sacros Palacios, arzobispos empujando a la secularización a los sacerdotes que consideraban causa de los

vientos de secularización..., ese empobrecimiento de la sociedad eclesiástica es un grave pecado contra la Iglesia, por el que se deberá pedir perdón. Los seminarios que hemos visto todavía en la segunda mitad del siglo XX son internados artificiosos y opresores de la sensibilidad y la conciencia de los que han salido oleadas de jóvenes clérigos, lanzados a un tipo de ministerio (de la Confesión oral por ejemplo) que acabaría destruyendo su salud física y mental. La purgación a que se ha de someter la Iglesia antes de que se pueda poner en forma para coadyuvar, con toda la eficacia de la Idea cristiana, a darle al mundo un empujón hacia arriba, hacia la fraternidad efectiva entre las razas y pueblos, es una purga que, repentinamente tomada, la dejaría en la piel y los huesos. El panorama triunfal que hemos presenciado estos días últimos de la enfermedad del papa Wojtyla puede ser tomado como un aviso de lo que la Iglesia, interiormente, puede ser para el mundo si se decide a convertirse en sal y fermento. ¿Lo hará la Iglesia? No lo hará; todavía no. Hay en ella mucho fariseísmo con inadvertencia, revestido de ceremonial de disimulo canónico. Esa higuera está cerril, borde, olvidada de lo que es dar frutos de interioridad generosa. De todos modos, la Iglesia canoniza a los que ella cree ser buenos ejemplos para sus fines y el modo de alcanzarlos. Quienes protestan por que se canonicen a éste o al otro, ignoran que el modelo de conducta humana lo escoge la Iglesia según sus fines, según le conviene. En cuanto al papa que viene... San Miguel es un arcángel que se levanta blandiendo la espada contra Luzbel al grito de «¿quién como Dios?». San Rafael es un arcángel que sirve para acompañar a un chico en un viaje largo a buscarse esposa y medicina para su ciego padre. San Gabriel hace de mensajero anunciando a una virgen que concebirá al Verbo... Hay muchas clases de arcángeles.

\*\* Hay gnósticos, los hay hoy también. Gentes que entienden la vida hasta el borde donde la inteligencia y la libertad van tan hermanadas como inseparables. No hay matrícula ni nombramiento ni declaración: el gnóstico sabe que lo es, o bien tiene fuertes dudas sobre que no lo sea. Pero no lo dirá nunca. El conocimiento gnóstico se adentra en un ámbito divino donde no hay para el hombre, aquí en este mundo, una ontología, o no la hay todavía. No es que sea inefable la cosa; es *fable* y *fiable*. Pero si cae en vanidad o en asombro el gnóstico, o en abuso de poder, deja automáticamente de serlo, y pasa —es terrible— a ser luciferino. En ese orden metafísico último se convierte un individuo de esos que emplea la medicina o el Derecho o la teología que sabe, y su ejercicio, en instrumento o medio para dominar a las personas en necesidad.

\*\* Con motivo del 60.º aniversario de la rendición alemana, se han publicado fotos de aquellos días y en particular de Berlín. Hay fotos de jóvenes y niños bañándose en el Spree, frente a las ruinas del Reichstag, como si nada, con una vikinga en jarras dispuesta a todo; hay fotos de terrazas donde funciona algún café entre ruinas; hay una foto de un golpe de gente presenciando el desfile de las tropas británicas. Esta última abarca setenta u ochenta personas: muchas mujeres y niños, muy pocos hombres y, éstos, ancianos. Tantos niños, que llega uno a pensar que la guerra aumenta los nacimientos. Niños y niñas de tres, cuatro, cinco y seis años, no más. Los dos ancianos van vestidos como para asistir a una ópera; uno se ha puesto hasta pajarita. Los dos llevan sombrero y muestran una naturalidad asombrosa: como si no hubiera pasado nada. Los niños miran con curiosidad, justo como se mira al empezar la vida. Las ancianas observan vestidas con toda la dignidad del mundo, llevando de la mano a sus nietos algunas de ellas. No hay caras demacradas tampoco. Difícilmente habrá entre el numeroso grupo de personas alguna que no haya tenido muertos en la guerra, o desaparecidos, o ausentes. Hay un rasgo común a todos los rostros, a todas las miradas, a todas las posturas: no dan ninguna impresión de ser gente derrotada. Tienen un estar como quien contempla un oficio religioso singular o un acto civil ajeno a su vida y destino. Gesto de gente disponible, como para volver a empezar. No hay ningún rasgo que sugiera emoción o conmoción o afeción u odio o cualquier sentimiento negativo. Están ahí con completa corrección, ven el desfile de los soldados ingleses, ni aclaman ni desprecian. Son alemanes, dicen que los han derrotado y sus jefes se han rendido; eso se dice. Ellos están ahí contemplando a los soldados británicos. Pero no tienen cara de derrotados. Le mostré la foto a Michele Pallotini en Vélez, y me confirmó la impresión: en efecto, no tienen cara de derrotados. No lo comprendo. Las fotos me han llamado la atención porque no las conocía, pero me renewan la impresión que recibía yo, a mis 16 años, cuando leía en la prensa las noticias de la toma de Berlín y la rendición alemana. Lo que sabía yo de todo aquello me hacía representármelo entonces tal como lo veo fotografiado ahora. Leí que Goebels, el ministro de Propaganda de Hitler, decía al final, cuando se sabía que perdían la guerra, que Alemania volvería a levantarse, que eran invencibles. Los americanos no se han ido de Alemania ni del Japón. Parece improcedente decir esto a estas horas. Pues no. Hay pueblos que están por imponer su fuerza y hacerse sentir, por lo que sea. Otros han superado ya ese estadio de imponerse y expandirse. Así España y Francia. Alemania tendrá que ser derrotada de otra manera, no sé cómo, pero habrá de sentirse segura de sí sin necesidad de

mirarse en el espejo de la guerra. Ha de llegar a saber poner cara de cansancio y de derrota sin perder humanidad.

\*\* Me ha sucedido más de dos veces presenciar cómo se irritan algunas gentes ante un español que no se corresponde exactamente con la imagen que tienen y quieren tener dichas personas de lo español y de los españoles. No quieren reconocer ciertas virtudes en el español. A Ortega le pasaba esto. Y a otros nos pasa también. Lo que más siento es lo que tienen que sufrir dichas personas ante la irreductible verdad de que hay españoles que no les damos gusto. Me gustaría poder hacer algunos nombres propios; y servirían de aviso para navegación de cabotaje, es decir, para trato entre primos hermanos y hermanos. Pero sobra con esto.

\*\* No han entendido lo de Pablo, que «la ley sirvió sólo para que abundase el pecado». Han hecho leyes que son innecesarias porque no son la mejor manera de conseguir el objetivo al que dicen servir, y tales leyes se han convertido en una ocasión de desobediencia, de conflicto de conciencia. «Oír misa todos los domingos y fiestas de guardar» es precepto eclesiástico que quiere concretar la forma de mostrar «el amor a Dios sobre todas las cosas», la forma de acordarse de que Dios existe y ha de importarnos. Pero ¿es esa absolutamente, siempre y en todas partes, la mejor manera de recordar que a Dios hay que rendirle culto? En la medida en que no lo es, se convierte en ocasión de desobedecer y de realizar el propósito contrario al de la ley. Y *sic de coeteris*.

\*\* La capacidad de entender del hombre es admirable, y la de no entender no es menos maravillosa.

\*\* Rusia está, por naturaleza y por historia, entre Constantinopla y el Genghis-Kahn del Volga. Espiritualmente impera la Ortodoxia; políticamente, la Horda. Vista la cosa en positivo, esa Horda rusificada es el camino para hacer presentes a Europa y el cristianismo en el corazón de la Alta Asia.

\*\* Para objetar eficazmente a la religión, hay que tenerle mucho respeto, es decir, hay que haber advertido que ésta, durante milenios y milenios, se hizo cargo de todo lo del hombre y aprovechó como supo o pudo la experiencia de ahí obtenida. Hay científicos ingenuos, muy ingenuos al permitirse hablar de religión, que darían risa si no dieran lástima, sobre todo sus pacientes.

\*\* La libertad, es decir, la deseosa inteligencia imaginativa no tiene bastante con el infinito, por lo visto. Ese Universo ilimitado que le han puesto delante tendría que enseñarle a moverse en su movimiento propio con cautela. Es decir, a la vista de que todo entender se da dentro de la infinitud, debería ejercer el pensar, con esencial y profundo respeto, o sea en actitud de adoración, la cual consiste precisamente en advertir que se va conociendo y conceptuando dentro de un infinito inabarcable.

\*\* Cada vez que trato con gentes de Universidad, sobre todo con médicos, psicólogos, etc., me arrepiento de no haber escrito, siquiera brevemente, una antropología. Pero tendría que hacer como Laín, según me contó su esposa, que escribía tres o cuatro libros al mismo tiempo, uno en cada habitación, con la respectiva suma de libros dispuesta ad hoc. Laín tenía una memoria literal fantástica, que yo no tengo. Hay inteligencias capaces de estar en varios sitios. No es así la mía, que está (como Plotino) todo lo más en dos sitios.

\*\* En las películas sobre prehistoria acostumbran a sacar hombres simiescos que hablan con mugidos, aullidos, rebuznos, ladridos... Pero el hombre que pinta en las cavernas o el que inventa el fuego o el que aprovecha una piedra como proyectil o como herramienta y sabe perfeccionarlos, no es hombre sin sintaxis en la cabeza ni, por tanto, en el habla. Antes que en esos hombres-simio, fruto de una imaginación ideológicamente, es decir, unilateral y maniáticamente evolucionista, creería en la infusión del habla según el relato bíblico. Una vez que el hombre percibió conexión entre las cosas, temporalidad, modo, condición y demás variantes del vivir, construyó en el espacio de una generación sistemáticamente la sintaxis clásica, esencial... según la inteligencia leibniziana de lo innato: se le construyó sola, porque la mente del hombre sólo emite elementos conectables, más aún, con tendencia más que automática —natural, instintiva— a su conexión. El hombre, siempre, ha sido una inteligencia y ha tenido y no ha podido menos de tener, una vida de inteligencia y una inteligencia de vida. ¡Para brutos... los prehistoriadores que no saben saber esto, y sus contemporáneos, como se ve cada día!

\*\* Los mayores teólogos liberales acabaron secos. El padre de Adolfo Harnack, que era teólogo dogmático, ya le decía al hijo, historiador liberal del dogma: «Yo ya no diría que tú eres cristiano». Y la hija de Adolfo Harnack transmitió que su padre, durante su última enfermedad, decía que después de tanto historiar los orígenes del dogma no tenía adónde volverse

a la hora de morir. En Valencia hacemos fallas, y quienes quieren ver y saber de fallas han de venir a visitarnos localmente y enterarse de lo local nuestro. Lo local, en Basilea o en Berlín, en Gotinga o en Tubinga, fue la disputa entre la teología liberal, la ortodoxia y el pietismo, durante cien años, desde 1850 hasta 1950, y así, eso local de aquellos lugares es lo internacional para los demás. Por eso somos «locales» teológicamente. En el seminario de Valencia, mientras fui estudiante y profesor, viví y contemplé los mismos movimientos que se daban localmente en las Alemanias y Suizas y Austrias. En lo del espíritu, todo es igual. No lo sabíamos. España ha padecido mucho por falta de información acerca de los otros. Tanto que, ahora, tiene que reescribir su historia del XIX y el XX, admirándose de que no queda tan mal ella ni quedan tan bien los otros.

Nos encontramos siempre los mismos: ahora resulta que Overbeck es traductor de los *Estrómata* de Clemente Alejandrino. ¡Si no puede ser de otra manera! Overbeck padeció innecesariamente por no caer en la cuenta de que la fe que tienes de niño no es una fe ingenua sino solamente recibida, pero recibida de manos y vidas que supieron tener y cribar experiencia, es decir, que es una fe de contenido serio que te establece en una tradición milenaria seria y no esencialmente irracional, aunque te llegue, por su envoltorio, hecha unos zorros.

Y Harnack muriéndose sin saber adónde volverse. ¡Claro, mataron, apartaron, olvidaron lo femenino en la religión! En la parroquia de Campanar, en un bar cercano, venden una reproducción de la Virgen de la Misericordia, cincuenta euros; por cincuenta euros tienes a donde volverte teológicamente, invocando, mediante la madre del Verbo encarnado, a aquel por quien todo fue hecho. ¿Qué más quieres? Misericordia para todos. Misterio y misericordia, que decía Leibniz, sintetizan finalmente lo que hay que saber y hacer. ¿Son tontos quienes pensaron y transmitieron que al fin no hay razón del ser sin misericordia? Un pensamiento no es crítico si empieza por no hacer caso a quienes le transmitieron los modos y actos mismos del pensar. La Virgen de Campanar se hace oír por unas campanas que llenan la huerta de ondas suaves y profundas como caricias de nubes.

\*\* Aunque me llevaría mucho tiempo el recordarlo en sus pasos más importantes, tengo claro que durante el tiempo en que enseñé en una Facultad de Teología me fue imposible publicar. El ámbito confesional me asfixiaba; fui demasiado sincero como profesor. Ya al final, fui muy imprudente incluso, creo; o muy sincero, según se mire. Pero la cátedra como lugar de lugares comunes me resultaba incompatible con la pluma

como lugar de pensar con libertad. Cuando publiqué *Qué es ser cura hoy. Ministerios y existencia cristiana*, no aludí en las clases ni una sola vez al libro, con extrañeza general del alumnado. Eran dos espacios distintos, la cátedra y mi estudio. La cátedra era para la teología eclesiástica confesional; mi estudio era para tratar del Logos y con el Logos.

\*\* Si intuyes la esencia divina, luego lo ves todo, o se te da a ver todo, de otra manera. Se habla aquí de intuición intelectual, que es un acto y estado de vida, de pura vida, acto que se tiene en existencia o fuera de existencia mundana, no lo sé y es igual, de algo que se tiene o te tiene, con total naturalidad. No importan lugar y tiempo de ese acto y estado. Te quedas en aparente pasividad, pero lo que sucede es que el Universo, en particular el de la libertad, funciona a tu vista con toda su propia fuerza, que es lo mejor que me puede pasar a mí también, y quedo contemplativamente a la espera con total seguridad de que su razón última no falla, no puede fallar. Esa intuición es «apocatastásica», es decir, pone las cosas en su sitio, en su fin más íntimo y verdadero (o, como dice la ontología, último, «perfecto»). Y esa más que fe, esa contemplación, es de una seguridad que sería una ofensa llamar inmovible por cuanto el adjetivo lleva consigo la alusión a la posibilidad de ser removido. En el supuesto de que esto sea mística, seré pues místico. La intuición de la esencia divina es el contacto con el fondo del ser, un fondo que cuanto más último es, más próximo y luminoso o claro es: sentir inmediato del ser. Se dice «sentir» más allá del concepto materialista de sensación, esa ingenuidad, pues. Y por lo menos en mi caso nada hay de deliquio ni de emoción emocionada; hay alegría tranquila, y decir tranquila es casi excederse en la descripción, porque ¿cómo no va a ser tranquila la presencia del Ser? Comprendo a los nihilistas desesperados, creo que los comprendo bien, y caben perfectamente en lo que da de sí la intuición del ser, porque, sencillamente, se equivocaron de puerta. También comprendo a los que se desmayan; dos palmaditas en la carita, y a trabajar sin pasarse de alegrías y ganas de comunicar lo sentido. De esa intuición del Ser, o del ser, nunca sabes cuándo fue la primera vez, ni se puede saber. Es tan natural que se dé, tanto, que la historia universal y la biografía universal de todos los hombres es la explicación de que no se dé en todos. Hay más animales que hombres que estén en esa intuición (según sus proporciones) del ser, y más plantas que animales. La cercanía del hombre les complica su vida a los animales. La angelología, tan ridiculizada por el racionalismo y tan presente por la proa de nuestra civilización con todo eso de los «supraterrestres» en lo que ya creen todos los niños de Occidente, es la preocupación del hombre por la supuesta compañía de otros

seres de naturaleza menos correosa y viscosa que la suya propia, los cuales le hayan perturbado al hombre la vida que lleva a esa intuición, como él mismo se la perturbó a los animales. Esto es lo que quería decir Clemente de Alejandría cuando hablaba del gnóstico. Pero puedo asegurar que la vivencia o experiencia en que consiste esa intuición no me la ha proporcionado Clemente, no se le proporciona a nadie, sino que se la encuentra uno y, entonces y desde ahí, entiende lo que quiere decir el otro. Y ¿por qué he traído a colación ahora a Clemente? Porque lo estoy leyendo estos días, pero el arranque para escribir esta página me viene de haberme imaginado a Sartre desesperado, luchando contra la nada de todo, en busca de un significado y advirtiendo desde la intuición del ser que el ser se ríe de ver las travesuras de los hombres. El Ser se toma en serio a sí mismo. Desde la intuición del ser se pasa a una ontología y una antropología de la piedad y la dignidad, de la misericordia y la nobleza. Pues esta intuición, que no es imaginativa, no deja tras de sí, abandonadas u olvidadas, a las formas individuales, sino que las ve traspasadas ahora por la fuerza luminosa del Principio y Acto, de suerte que ahora las ve finalmente, ahora las ve en su característica propia. El dejar atrás las formas es una manera imaginativa y celosa de acercarse a la intuición del Ser; el mundo es del Ser y es el Ser. ¿Qué puede significar dejar atrás las formas individuales del Ser? El neoplatonismo hizo tema de esta aventura de la que decía ir el alma hacia su perfección o llegada al Ser; lo puso, al tema, en manos de todo el mundo. Plotino no se equivocó, pero sus discípulos, sí. Clemente advirtió lo que no se podía poner como tema de exámenes u oposiciones, por así decirlo. El camino del alma a Dios es un tema de secreto y esotería, por su naturaleza misma. Hay asuntos que, si se pierden para el secreto, se hunden en la insignificancia, o peor: en el sinsentido, en la mayor nada posible para ellos mismos, pues nada es más capaz de la nada que lo más recargable de sentido. La cuestión no es llegar nosotros a tocar al ser mismo; la cuestión es que el Ser nos toca a nosotros. Nos toca más o menos inadvertidamente alguna vez, o algunas veces.

\*\* Decía Epicarmo, pitagórico exotérico, que quien ve es la inteligencia, y quien oye es la inteligencia; pues el ojo y el oído, sin la presencia y acción de la inteligencia, no recogen más que deslumbres y rumores respectivamente, o sea, que son ceguera y sordera. La doctrina pitagórica sobre el alma daba todo eso. La concepción del hombre desde arriba sabía todo eso. Desde ahí al conductismo no puede haber más polaridad, si no fuese porque la historia universal de la filosofía es el proceso del hombre que se hace y se va conociendo: una pedagogía paciente con muchos momentos

de cansancio y unilateralidad, muchas maneras de salir de atascos, muchos condicionamientos seculares. Todo bien despacio, por lo que sea.

\*\* ¡Cuánto cuesta caer en la cuenta de las cosas más obvias! ¡Mira que se le ha dado vueltas al planteamiento kantiano de la razón y se ha hablado de la inaccesible cosa en sí y de la razón práctica! Cuando no se trata de tocar nosotros a la cosa en sí, sino de que ella nos toca a nosotros, nos toca desde nuestra misma posibilidad metafísica y eterna. Estamos tocados de lo más en sí del mundo que es lo de sí, lo necesario y eterno. Nosotros lo tocamos porque estamos y somos tocados del En Sí y De Sí.

\*\* Creo haber llegado a una visión aproximadamente cierta de las responsabilidades del estallido de la Guerra Civil. En la nación había unas doscientas personas repartidas entre los sectores diversos de la sociedad: políticos en primer lugar, banqueros e industriales, generales, obispos, sindicalistas, grandes propietarios de comunicaciones (telefónica, redes de ferrocarriles, prensa diaria y revistas, universidad...). No pongo más de doscientos, repartidos de dos en dos o de tres en tres, en cada una de sus respectivas áreas. Si estos hombres hubieran tenido el valor y la lucidez de unirse en la voluntad sincera de no llegar a un enfrentamiento armado civil, hubieran podido conjurar la influencia y la presión de los revolucionarios europeos, que los había en todos los países de Occidente, que empujaban en este territorio atrasado en la modernidad hacia la violencia resolutoria de una solución revolucionaria o contrarrevolucionaria. Esas doscientas personas, que hubieran podido frenar o hacer recapacitar a sus respectivas áreas, no supieron hacerlo y no lo hicieron por un conjunto de razonamientos de los que son intelectual y moralmente responsables. Son el muro de contención que falló y la fuente de los razonamientos que pudieron enderezar el rumbo..., esperando la guerra europea que se estaba gestando y que era menos idealista, más moderna y...

\*\* Hay que darle la vuelta a este mundo. Empezando por uno mismo. Con cuidado pero sin miedo. (Esto del mundo, tal como va, no puede ser.)

\*\* Es verdad que el griterío que se montan los trabajadores del bar donde, junto a ellos, almuerzo algunos días, es verdad que es un vocerío de gargantas sanas y metálicas, estentóreas y rotundas, intensas y jocundas, hablando como gritando con el compañero comensal que tienen a menos de medio metro; es verdad. Es verdad que sería mejor que hablasen como si fuesen tímidos y fuesen conscientes de que propiamente no están en su casa y es-

tán junto a otros que no son sordos; es verdad. Y que sería más fino que hablasen como en ciertos restaurantes *des Champes Elisées*, es verdad. Pero entonces no serían como son. Prefiero que mantengan su camaradería y su tono vital vocífero y potente y estén en forma para cuando lleguen a casa. Que les espera una mujer que les va a decir: «Hala, moreno».

\*\* De entre los herejes irlandeses que tanto han hecho por la literatura del Imperio británico, hay uno que llevaba en el bolsillo la solución del multi-secular problema de Irlanda: la receta consistía en que Dios, con su omnipotencia, mantuviera hundida en el mar la isla durante diez minutos. Era Bernard Shaw.

\*\* «Verán el fin del sabio y no comprenderán lo que el Señor ha querido de él ni para qué lo ha guardado» (Libro de la Sabiduría, 4,17). (Para Fernando Velasco.)

\*\* El enigma de los asesinos de sus consortes o cónyuges: «sin ti me muero, contigo acabo matándote».

\*\* En la Guerra Civil nuestra, se fusilaban los unos a los otros porque entrambos escogieran de modo escatológico, final y total, su respectiva utopía. No les enseñaron la función de la utopía ni la antropología de lo mejor posible.

\*\* Consiguieron en los seminarios del siglo XX que sintiéramos vergüenza de ir con una mujer. La reforma moderna, la de Pío X, fue así. Me gustaría poderlo razonar, pero me falta tiempo. ¡Qué lástima que no leyera lo que escribía el barón Von Hügel por entonces, tan samaritano el hombre!

\*\* Es metafísicamente imposible que una inteligencia creada (como dicen) sea incapaz de entender una metáfora. Pero... ¡hay algunas inteligencias que dan muestras sobradas de tenerlo bien difícil, y ya es desgracia para el alma y para el cuerpo! El hombre se puede estropear sin fin, pero nunca del todo.

\*\* Calculó Dios y creó el mundo, decía Leibniz. Me gustaría añadir: calculó Dios jugando y creó el mundo. Pero no me atrevo. Y luego, no se entiende que lo que calculó es la calidad y cantidad de gracia que se podía poner en la criatura... que, si sabes ver, vas por la calle bogando en una torrentera de gracia y belleza.

\*\* La educación en la fe es una educación a fondo. Pero sólo la dan los santos a los inteligentes, y los inteligentes a las buenas personas.

\*\* Hans Küng es un publicista religioso, díscolo confesionalmente. Un verdadero negocio para él y para las Iglesias, aunque éstas no lo vean. (¿O sí que lo ven?) Díscolo no es lo mismo que disidente. (Después de escribir esto, leo en las *Memorias* de De Lubac S. J., que lo califica, o mejor, lo descalifica, por «arrivista».)

\*\* Se demuestra que Kant era un pastor luterano secularizado porque los kantianos empiezan o acaban, todos, yéndose a otra parte, o predicando sermones.

\*\* He asistido este verano a un curso universitario sobre la Ilustración donde se ha leído un texto en que Hans Magnus Ezenberger dice que «Leibniz es un subnormal». El auditorio estudiantil seguramente se lo creyó. Yo me limité a reírme. El profesor que leyó impertérritamente la cita sin ponerle tono ni reparo me dijo luego que eso no tiene importancia. A ese Hans Magnus lo menos que cabría hacer es quitarle por decreto-ley el «Magnus». (La Rábida, agosto de 2005.)

\*\* Se encontró de repente delante de Dios. Y Dios le dijo: «Júzgate tú mismo». Y él contestó: «No, Señor, júzgame tú». (23 de septiembre de 2005.)

\*\* Sin el sueño como interrupción, obligada e impuesta, de la conciencia, una vida como la humana no sería posible. Un tercio del día es para dormir. Encima hace falta distraerse de vario modo. Si no nos liberáramos de la conciencia y dejáramos removerse el océano de la subconciencia, sabe Dios adónde llegaríamos en nuestra debilidad psíquica y en nuestra torpeza.

\*\* El concepto de causalidad segunda y su uso habitual, en particular el de la causalidad científica o técnica, separa insensiblemente de la causa primera, habitúa a pensar prescindiendo de la causa primera. Pues da la impresión de que el efecto se explica por la causa inmediata anterior, y esa impresión, a la causa última la va desplazando insensiblemente. Porque se va habituando la mente poco alerta a prescindir del déficit de causalidad de la explicación inmediata. Y mientras va creciendo esta explicación inmediata insuficiente se va alejando de la visión la absolutamente necesaria en cuan-

to precisamente se hace sensible en la secundaria. Pues que ésta no es más que la causa primera acomodada y concretada a un existente, su forma de presencia. Un equívoco de estas proporciones hace atea a una civilización. Francamente, ¡qué milagrosa cosa es la inteligencia humana! Hay grupos humanos que han de cargar, dense cuenta o no, con labores ingratas en la historia universal. Para no salirnos de la teología o consideración escatológica de lo que pasa, el grupo humano más característico de esto es Israel: un pueblo elegido al que por envidia la cristiandad ha perseguido y maltratado y ha enseñado al mundo a maltratar y despreciar. Pero a otros grupos humanos en la historia de la racionalidad, de la civilización greco-romana les ha caído un destino que ha de ser entendido analógicamente con el ejemplo judío señalado. España pasa por ser la quemadora de herejes y perseguidora del pensar desde el siglo XVI. Como quemar, quemaron en el Rin mucho más los reformados, pero dejémoslo estar. Creo que la dirección de la historia marca tareas y destinaciones: Israel debería acuciar a la Iglesia para que demuestre que ella es el Israel espiritual y verdadero, cumpliendo todo lo que dice ella que Israel no supo cumplir; Israel no debería tener inconveniente, ya que le han echado el mochuelo de su infidelidad al Logos, en constituirse en testigo de que la Iglesia que dice heredar la elección divina no es fiel tampoco y no está a la altura de sus pretensiones o de su suerte. Esta analogía (que no dialéctica) escatológica tiene sentido, o es lo que tiene sentido. Analógicamente, España debería entregarse a la labor de pensar, de pensar la vida y la fe, pero de otra manera, no en una suerte de rivalidad con el modo de hacerlo los alemanes o los franceses. No veo que puedan dejar de ir por ahí las cosas cuando considero atentamente la obra que está levantando sobre la Sagrada Escritura Juan Mateos S. J. en Córdoba, calle del Almendro. O lo que están haciendo con los Padres de la Iglesia Marcelo Merino y sus amigos en Ciudad Nueva. Con tal de que no sea una repetición atrasada, una suerte de Escolástica a destiempo.

\*\* El omnipotente es, precisamente, quien menos ejercerá el poder seco, quien más se limitará en su ejercicio del poder. Hay una proporción inversa: Cuanto más poder verdadero, menos uso del mismo.

\*\* Están diciendo quienes quieren reformar la Constitución del 78, por motivos nacionalistas o por motivos apaciguadores de nacionalismos, que aquella fue una Constitución para salir del paso, de compromiso..., aplazando los problemas; así hablaba Arzalluz. Pero yo no creo que Alfonso Guerra o Abril Martorell firmaran nada contra conciencia ni contra las convicciones de los idearios de sus partidos. Aunque no se lo quieran creer

algunos, el tiempo de la Constitución del 78 fue un tiempo sincero en el deseo de construir un fundamento sólido de cara al futuro.

\*\* Vivo cerca de un colegio de párvulos, de pequeñitos. Cuando por la mañana van al colegio, van de la mano de su abuelo o de su tía o de su mamá o de su papá. Cuando salen por la tarde ya no van de la mano, sino triscando por delante o por detrás del adulto que los ha recogido. Por la mañana van al duro deber, que luego convertirán ellos en juego y distracción todo lo que puedan, como Dios manda porque la vida es para más que el deber, y esto lo sabe la naturaleza que despierta. Por la tarde se van del despotismo ilustrado al regazo de la libertad que es su casa, su familia, donde reinan e imperan.

\*\* El apologeta cristiano Teófilo de Alejandría, en combate contra los dualistas que llegaban, en virtud de su experiencia condicionada, de la vida y de la mujer, a decir que hombre y mujer fueron creados por dioses o principios distintos, razonó diciendo que cuando Adán se unió a Eva «hizo la experiencia de la monarquía o unicidad de Dios», a saber, la encontró tan bien encajada y amoldada a él, Adán, que sintió, sin género alguno de duda, que tal compenetración sólo puede ser obra de un mismo artesano, y no de dos. Es desde luego tan distinta del hombre, según se va viendo en el diario y largo vivir, que los dualistas metafísicos creyeron descubrir el misterio al atribuir la creación del varón a un dios, y el de la mujer a otro. Teófilo dice: probad y veréis. Probó Adán y dijo: esto está hecho para mí, y con buena intención. La teología recurre a la experiencia y es capaz de registrar señales de la unidad última del Universo y la vida en otras mil situaciones y aspectos. Pero en el caso de la mujer, el hombre se lleva un susto en varios aspectos. Uno es que ella dice (y no digo: también dice): Un Dios único te ha hecho a ti, galán, para mí. ¡Que ya es hora de invertir los términos por una temporada! Sí, porque el mito de Génesis 2, tan gráfico e influyente durante tres milenios (tres mil años no son nada...), de que la mujer fue hecha *para* Adán y, además, *sacada de él* y por tanto dotada de un ser debido, endeudado con quien se ofreció, o pillaron, para la extracción y donación de una costilla sin rechazo clínico..., ese mito hay que reescribirlo, no sólo «leerlo», como ha tenido cínicamente que decir el filologismo estructuralista que no pudo salir de sus círculos viciosos reduccionistas... Adán falló, porque ni en un jardín de Edén supo distraerse; la tristeza de Adán era de aburrimiento, muy peligrosa por cierto. Dios le fabricó compañía, pero una compañía interior, de un ser íntimo, que por lo mismo iba a ser extraordinariamente bello. Y, si bello, lúcido, bueno y sano, acercador

a vivencias profundas o verdaderas. Dios se lo puso bien fácil al caballero aburrido. Adán quería que se lo hicieran todo. La compañera que le dieron se puso enseguida a trabajar, a entender aquello de la vida y el Edén. Por eso la buscaron los ángeles esquivos para ofrecerle la llave de la biblioteca. Nunca pudo ocurrírsele a ella, un ser tan íntimo, que a Dios le iba a saber mal que ellos se enteraran de lo del envés y lo del revés. El pánfilo, aburrido hasta el final y sin comprender, vio la manzana y todavía quiso mantener el horario laboral del Paraíso donde se podía vivir sin trabajar. Acabaron por darle una patada al culo y tirarlo afuera, a que se las busque, puesto que no sabe aprovechar ni lo más íntimo que le elaboraron dándoselo hecho. Don Adán del Edén, conde del Paraíso aburrido. De momento, al mito del Génesis, directorio de la civilización occidental, hay que rehacerlo y corregirlo. No, no volterianizo. Lo que digo es que no hagan pesar, con Pablo de Tarso, ese mito tan ingenioso y lírico —que por eso ha podido inspirar y comandar tres mil años en una civilización en que ocuparon lugar Aristóteles y Santo Tomás—, que no lo hagan pesar todavía sobre la experiencia de una civilización que ha de hacerse aún algunas cuestiones *fundamentales*. (En la revelación escrita del Antiguo o del Nuevo Testamento, no es lo mismo, en tanto que revelación, una anécdota que una teoría, pero no entro ahora aquí en esto.)

\*\* Con esto de los iconos de la informática hemos vuelto a la escritura jeroglífica egipcia. Nada se abandona del todo por siempre. El hombre no define definitivamente nada. Pero necesita definir. Y su definir es ir definiendo dentro de una o varias lógicas, pero lógicas al servicio de la vida humana.

\*\* Hay cosas que dan mucha risa. Hitler, para atacar a Rusia, escogió el mismo día que Napoleón: un 22 de junio. Cuentan que en las últimas semanas de su vida, en su búnker, con las secretarías, en tertulia diaria nocturna, preguntaba o afectaba preguntarse a sí mismo: «¿Qué error habré cometido?». El enigma estriba en ver cómo toda una Nación con periodistas, profesores, historiadores, obispos, banqueros, ingenieros... fue incapaz de ver que se les subía al poder un tonto vanidoso, capaz de cualquier locura, de cualquier locura. Pero la respuesta al enigma es fácil: el hombre es un sujeto que no se da cuenta. Y todo lo oscuro que hay en el hombre es incomparablemente más cuantioso y oscuro que la poquita claridad, a veces aparente, que entre todos conseguimos. Sólo la fe decidida en valores absolutos intocables puede ahorrarle al hombre tonterías como las de Hitler y un tonto como Hitler. El 22 de junio empieza el ve-

rano. Y es el día que escogió Napoleón para invadir Rusia, cuestión de frío y nieve.

\*\* El partido (de fútbol) puede tener otra lectura... El tal artículo de la Constitución puede tener otra lectura... Etc., etc. Me resistí a esa moda que lo reduce todo a letra escrita, a escritura, como gustan de decir también. El ser resulta letra, viene a parar en letra. Es una unilateralidad, una reducción que sólo puede salvarla el Talmud, que es capaz de ver en una letra una mónada con el universo dentro suyo y, encima, alguna profecía. Parece mentira que una civilización racional sea capaz de metáforas tan peligrosas, tan expuestas a enfermedades mentales. Tomaba un jarro que exponía para vender, le daba vueltas en el aire ante el comprador y decía cínicamente: esto tiene varias lecturas... La universidad europea se llenó de estructuralistas y semiólogos, y dos generaciones, desde el 60 al 90, perdieron el tiempo, produciéndose una desconexión del pensamiento con su pasado serio que todavía no se ha remediado.

\*\* ¡Qué humillaciones depara y prepara la historia! Tengo en mis manos un libro de Haecker, editado preciosamente por su amigo Jacob Hegner. Es la antropología de Haecker: *Was ist der Mensch?* El libro es una delicia; para hoy, una difícil delicia: ¡tan lejos queda aquel ambiente espiritual y aquel modo de ver las cosas, lejos incluso para los eclesiásticos de las Confesiones cristianas! En la página primera, lleva el libro un *Nihil Obstat* inesperado. Lo traduzco: «Publicado con el permiso del Control de Noticias del Gobierno Militar de los EE.UU., en Munich, con el n.º E-141». ¡En el país que gusta de oírse decir país de poetas y filósofos, un yanqui de tierra adentro, desde su granja mental, da el *nihil obstat* a una antropología de la Alemania de Goethe! Menos mal que Jacob Hegner, el editor, ha hecho una edición y una encuadernación tan pulcras y perfectas que el censor habrá quedado edificado, porque —si ha leído el libro— verá que en él se expresa el lamento de que los cañones alemanes y el armamento en general sean —hayan sido— tan perfectos como podrían haber sido las muchas cosas que Alemania tendría que haber hecho, en vez de la Guerra. Como estos autores están olvidados en Alemania, y la juventud hace ya años que vive engañada en las Universidades donde no se les enseña la verdadera historia de Alemania y se les oculta a los mejores hombres y pensadores, pues que un par de generaciones de marxistas y ex-marxistillas han arrasado el alma alemana... Por cierto; para Haecker, como para don Antonio Machado, el Cristo se estaba marchando al Este. Desde el reducido sótano de una aldea cercana a Múnich, veía Haecker lo mismo durante la Guerra,

lo mismo que Machado viera desde la Villa Amparo en Rocafort, desde donde preveía esa Guerra que, según él, estaba para caer. Eran dos hombres de espíritu. Pero esto, «de espíritu», ¿se entiende hoy? Nadie, ni dentro ni fuera de Alemania, deseó la derrota de Hitler con mayor ardor y convicción, y riesgo, que Haecker. Luego vinieron los del exilio exterior, muchos de los cuales padecieron mucho menos, no sin haber inconscientemente hecho mucho más para que apareciera el pobre hombre, el monstruito mayor del siglo. Y vinieron para explicar dialéctica desde Frankfurt al mundo entero. Dejemos esto. Dando origen a la distinción irónica que hacía, ya en los años treinta y cuarenta, don Fernando de los Ríos, entre comunistas y comunistoides.

\*\* Casi todo, o todo, lo que hace el hombre queda corto para él: él es más. Casi todo le cae corto, menos ser misericordioso y pedir misericordia.